

MEMORIAS DE UN EXILIO

A veces, mis nietas me preguntan cuál es mi tierra y yo les sonrío. Aunque me he pasado prácticamente toda mi vida viajando por Latinoamérica, mi tierra siempre ha sido Galicia. Sin embargo, muchas veces la he recordado con una amarga nostalgia, con esa *morriña* que nos caracteriza a los gallegos, la he recordado con un cierto rencor y antipatía y he dudado de ello...

Nací en Muxía, en A Coruña, en una familia de pescadores en la cual no vivíamos con lujos pero vivíamos mínimamente bien para sobrevivir.

Mi infancia transcurrió entre barcas, pescado y pequeñas calas. A los quince años aprendí el oficio de la familia.

Hasta que llegó la Guerra. Yo tenía dieciocho años cuando estalló y recuerdo esa tensión tan irrespirable que se vivía en casa, mi padre y mi hermano, que era mayor que yo, eran comprometidos simpatizantes socialistas y en casa hospedamos a muchos de sus compañeros maquis.

Durante un tiempo el pueblo estuvo más o menos tranquilo, no tuvimos ningún problema más allá de algún espanto. Durante esas semanas conocí a Emilia. Desde el primer momento en que la conocí admiré su coraje y su fuerte personalidad. Me enamoré de ella y después nos enamoramos locamente los dos. Decidí unirme a ella y a todos los otros guerrilleros antoifranquistas.

Un anochecer, oímos ruidos afuera, pero cuando los amigos de papá, que estaban fumando y bebiendo con él en el comedor, se iban a esconder en la despensa, echaron la puerta al suelo y un grupo de militares entraron en casa dando tiros. Cogí a mi madre y le dije que se fuera con Emilia hacia el refugio que teníamos en las montañas. Cuando me aseguré que habían conseguido huir por la puerta trasera sin problemas, fusil en mano, me defendí de esos cobardes. No me hirieron, aunque preferiría que lo hubieran hecho, hubiera dado todo antes que la vida de mi padre y mi hermano. Cuando los vi, sangrando en el suelo, junto a dos hombres más no supe qué hacer ni qué pensar, teníamos que salir de allí corriendo porque los militares se habían ido, seguramente en busca de otra brigada, y no tuve tiempo para reaccionar. Ahora maldigo no haberles podido dar ni siquiera un último beso, un último adiós.

Al llegar al refugio no hizo falta contarle nada a mi madre. Al ver que ellos no venían con nosotros, se desmoronó cayendo de rodillas al suelo y empezó a llorar con un llanto tan amargo que yo creo que le duró hasta el día de su muerte. A mí, la imagen de ellos dos tirados en el suelo me quedó grabada en la memoria y estas cosas te consumen por dentro toda la vida.

Me prometí que no dejaría que le sucediera lo mismo a mi madre y al cabo de dos días la llevamos a un hospital cerca de Santiago de Compostela. Allí, en principio, estaría segura. Al despedirme me miró a los ojos profundamente y vi en su mirada perdida que intuía que nunca más nos volveríamos a ver. Y tenía razón. Nos escribimos durante unos dos años cuando yo estuve en México y sé que murió de forma natural en casa de su hermana donde vivió durante el franquismo. Me duele no haber podido estar junto a ella en ese momento, pero al menos sé que estaba más tranquila sabiendo que yo me encontraba lejos y no estaba viviendo esa época tan negra y cruel de nuestra historia.

Durante casi tres años más seguimos en la lucha, deambulando por las montañas. Hasta que una noche, cuando dormíamos, o al menos lo intentábamos, en un refugio cerca de Pontevedra, un compañero nos despertó, alarmado, diciendo que unos franquistas habían cogido a ocho compañeros más mientras volvían de la ciudad en busca de alimentos. Entre ellos estaba Emilia. No supimos nada de ellos hasta dos semanas después cuando nos enteramos que les habían fusilado.

En ese momento creo que fue cuando decidí irme y abandonar todo ese horror. Además todo el mundo sabía que los franquistas estaban ganando la Guerra y su subida al poder se veía inminente. Y a mí ya no me quedaba nada, prácticamente toda la gente que quería había muerto y nuestra lucha tampoco había triunfado.

Mis compañeros me comentaron que mucha gente se estaba exiliando, que zarpaban barcos clandestinamente hacia América. Yo y otros dos amigos cogimos un barco en A Coruña que nos llevaría a Veracruz, México. El viaje duró tres semanas. Y cuando más cerca estaba de mi destino, más lejos me sentía de toda esa muerte y a la vez también de mi padre, de mi hermano, de Emilia y mi madre. Su recuerdo me perseguía y me persigue aún.

Al desembarcar, observé el exótico paisaje, tan nuevo para mí entonces y ahora conocido como la palma de mi mano.

Encontramos trabajo en una fábrica conservera en las afueras de Ciudad de México y una choza para los tres para salir del paso. La verdad es que tuvimos suerte, el gobierno de la República ayudó en todo lo que pudo a los exiliados. Sin embargo, durante las primeras noches el tequila fue mi mejor aliado, me ayudaba a olvidar. Al cabo de un año, uno de los compañeros decidió regresar a Galicia con su esposa e hijo. Le pedí que localizara a mi madre y así fue como empecé a escribirme con ella. Dos años más tarde, en 1942, yo tenía veinticuatro años y me parecía tener cincuenta. Aunque tenía toda mi vida montada en México, decidí viajar y aprovechar mi juventud. Me despedí de todos los amigos que había hecho, la mayoría de ellos exiliados andaluces, catalanes y castellanos, que me habían ayudado tanto a hacerme los días más agradables y, con una simple bolsa de equipaje y una furgoneta que me había comprado hacía unos meses, me fui a la aventura.

Pasé casi dos años viviendo en Guatemala, donde me compré una barca y volví a trabajar de pescador. Pero, aunque las cosas me iban muy bien, sentía un vacío dentro, un vacío que desde Emilia nadie había vuelto a llenar. Y lo llené. Conocí a unos jóvenes misioneros franceses que iban hacia Nicaragua. Así que me fui con ellos a Managua. Y allí conocí a Esperanza. Su nombre fue un augurio, porque con ella volví a recuperar las ganas de vivir. Nos casamos y de nuestro amor nació, unos meses más tarde, una niña preciosa a la que llamamos Mariana. Tenía la piel dorada y el pelo de color negro como el azabache, igual que su madre.

Con la dinastía de los Somoza en el poder, la situación en Nicaragua era dura y más para la gente que, como mi esposa y yo, trabajábamos en las plantaciones de caña de azúcar, pero durante un tiempo tiramos adelante.

Cuando Mariana Tuvo seis años, es decir, en 1952, decidimos abandonar Nicaragua e ir a otro país donde la situación política fuera mejor y pudiésemos buscar otro empleo. Así que regresé a México con mi familia. Reencontré a los viejos amigos que no veía desde hacía casi once años. Yo volví a encontrar trabajo en otra fábrica conservera y Esperanza, en un

pequeño negocio de sastrería en la capital. En esa época las cosas nos fueron muy bien. Mi esposa se quedó embarazada otra vez al cabo de dos años. Así nació nuestro segundo hijo, Omar.

Pasó el tiempo y Mariana se hizo una mujer. A los diecinueve años nos contó que quería ir a la universidad, concretamente a la de Managua, que quería volver a Nicaragua. Yo nunca tuve la oportunidad de estudiar en la universidad y, ya que mi hija la tenía, la debía aprovechar. Nos venía a visitar cada cierto tiempo. Pero, cuando acabó la carrera de Derecho, no regresó a México, se quedó allí. Más tarde descubrimos que era porque estaba metida en el Frente Sandinista. Sufrí mucho por ella, no quería que le sucediera nada malo ni que se repitiera nada de lo que me pasó a mí de joven. En 1979 triunfó la revolución sandinista y Esperanza, Omar y yo regresamos a Nicaragua con Mariana.

Un año después, el deseo de volver a Galicia, que me había rebrotado cinco años antes al saber el fin de la dictadura franquista, me pudo.

Mariana ya se había casado hacía unos dos años y ya nos había hecho abuelos de dos niñas y Omar se había ido a vivir con su compañera hacía unos meses. Y yo... Yo tenía sesenta y dos años y hacía cuarenta y uno que no volvía a mi tierra.

Así que, finalmente, convencí a mi ya extensa familia y fuimos a pasar el verano allí. No puedo expresar lo que sentí cuando pisé Muxía, era una mezcla de emoción y miedo. Miedo porque me espantaba la idea de verla después de tanto tiempo, de volver al lugar donde lo había perdido todo, al lugar que me había dado la vida y me la había arrebatado. Todo había cambiado tanto... No reconocía nada, me parecía estar en una tierra extraña. Mi casa ya no estaba, igual que muchas otras y en el puerto se habían substituido la mayor parte de barcas por yates y lanchas motoras.

Localicé la poca familia que me quedaba y ellos me explicaron cosas de los últimos años de mi madre, me mostraron fotografías de mi infancia y adolescencia, de mi padre, mi hermano... También me contaron que un hermano de mi padre se había encargado de recuperar sus cuerpos y de enterrarlos dignamente en un cementerio en las afueras de Muxía, donde después enterrarían a mi madre junto a ellos. Los fui a ver y les dejé unas flores. También reencontré viejos amigos del pueblo con los que, entre risas, recordé anécdotas que ya había olvidado.

Mariana y Omar marcharon al cabo de unas semanas por motivos de trabajo y Esperanza y yo nos quedamos hasta el final del verano.

Me planteé volver a instalarme en Galicia, regresar para quedarme definitivamente, pero no lo hice. Yo ya tenía mi vida hecha en Nicaragua, mi esposa, mis hijos, mis nietas, mis amigos, mi casa... Y Galicia ya no era mi hogar, nada me ataba a ella más que una parte de mi corazón y un montón de recuerdos olvidados.

Ahora, ya hace cuatro años de mi reencuentro con ella y, de vez en cuando, pienso que ya es hora de volver a visitarla, pero hasta entonces me consuelo viajando mentalmente a esas costas rocosas, a esas playas desiertas.

Managua, primavera de 1984

Marta Sintés
4t d'ESO